

bresalía de la pared y por abajo entraba en la volandera, que estaba perforada en su centro, como en los molinos, y se articulaba con una labija incrustada en la cara inferior de la piedra. La solera tiene otro barroncillo que va hasta otro tarugo que hay en el suelo y en su totalidad está rodeada de una pared de yeso que le forma cavidad, con un canal de desagüe en un ángulo. Al movimiento de la volandera sobre la solera queda molido el baño. Venturosamente, don Oskar Dignoes conserva en su alfar-museo uno de estos molinos, que procede de los antecesores de los Morenos.



Ineso redondea el culo de la olla para convertirla en globo o lámpara de luz. Lo hace utilizando el «volveor». La razón de esta maniobra es que el alfarero, como ya se ha dicho, modela sus vasijas con la pella sobre la cabecilla, y una vez terminadas, para poderlas separar del barro que le sobra y ponerlas a orear, las corta con un hilo, dejando en la pella y en la olla una superficie plana de separación, cosa que no les pasa a las cantareras ni a los tinajeros, porque empiezan su obra poniendo en el rodillo o en el suelo una capa de ceniza del horno y sobre ella la torta que servirá de culo, urdiendo sobre ella el cacharro, que de este modo queda suelto, como hacen los albañiles con las espuertas de barro espolvoreándolas de yeso previamente. Es decir, que ponen el cimientito y construyen de arriba abajo, como los albañiles, la obra sube, pero el material se echa desde arriba. El alfarero pone el pegote sobre la cabecilla, dispone sus manos como en oración, se pone serio, concentrado, impulsa la rueda y la vasija va surgiendo como por encanto entre sus manos acariciantes, su obra va de abajo arriba, sale de la nada y se eleva al cielo, como bendiciendo el principio creador, y en menos de nada la mesa del tabanque queda llena de figuras que se olean para volver a la cabecilla y quitarles las pequeñas faltas o sobras de su superficie. Y eso es lo que está haciendo Ineso, quitándole a la